

# Un encuentro con Álvaro Mutis en El Escorial

*Inmaculada García  
Samuel Serrano*

*–Estamos aquí frente al Escorial, que quizás es el edificio más emblemático de España, del cual ha escrito usted cuatro hermosos poemas. El que más nos sorprende es el tercero, en el que la noche lucha contra el edificio hasta acabar vencida por su láctea claridad. ¿Nace este poema de una observación directa o es producto de la evocación?*

–El poema nace, en efecto, de una experiencia real, una tarde que tuve la oportunidad de contemplar el atardecer sobre El Escorial desde una finca que tiene un amigo mío arquitecto, en la parte alta del pueblo. Miraba El Escorial con la emoción y la devoción que siempre me suscita y cuando entró la noche me di cuenta de que, en todo momento, la arquitectura del edificio fosforecía ligeramente. No tenía una claridad deslumbrante pero titilaba toda la noche de manera constante. Me levanté luego a verlo cuando eran las tres y media de la madrugada, todavía estaba oscuro y era admirable seguir viendo esa maravilla de piedra que parecía respirar luz.

*–Usted ha confesado siempre su fascinación por la persona de Felipe II y la monarquía absoluta como sistema de gobierno. ¿Por qué tarda tantos años en escribir Crónica Regia y dar testimonio de esta admiración?*

–Siempre me ha fascinado la figura de Felipe II y desde muy temprano tuve la intención de escribir sobre él. Incluso en mi primer libro hay un poema, «Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de su majestad el rey Felipe II», en el que invoco las batallas, es decir, los ejércitos del rey pero lo que decidió totalmente mi entrega a escribir la serie de poemas de *Crónica Regia* fue la lectura de las cartas de Felipe II a sus hijas en las que descubrí a un hombre de una ternura, de una intensidad y de un calor humano tan grande que derrumba por completo la leyenda negra del monarca fraguada, desde luego, desde Francia e Inglaterra por protestantes y cierto grupo de pensadores, hay que decirlo también, españoles del siglo pasado.

En esas cartas no hay una sola mención a ningún asunto que tenga que ver con la religión; en cambio, les habla de su cuidado y su salud, les aconseja que coman frutas, que caminen por los bosques; él amaba la naturaleza profundamente y era un ser lleno de humanidad y por completo alejado de esa suerte de fantasma absurdo que han querido crear. Entonces me dije que deseaba escribir los poemas sobre Felipe II y un día hablando con mi amigo el gran historiador Miguel de Ferdinandy, que escribió entre otras cosas una espléndida biografía de Felipe II, me dijo: «Pero ¿qué esperas Álvaro? escribe, deja ese testimonio».

*—¿No existe quizás una contradicción en su amor por la figura de Felipe II, un monarca autoritario obsesionado por el orden, y un vagabundo ácrata como Maqroll, el gaviero?*

—Usted va a tener que revisar un poco esa visión de Maqroll porque si se da cuenta esa supuesta anarquía y desorden de Maqroll son absolutamente superficiales pues cuando Maqroll tiene que decir algo y por ejemplo en su diálogo con Abdul Bashur en *Abdul Bashur, soñador de navíos* lo dice, aparece un orden, una noción del mundo, de la vida y de la muerte bastante ordenada. Lo que pasa es que él es un profundo escéptico que no aplica ninguna ley porque no cree que haya ninguna ley posible para aplicar. También Felipe II tiene una frase conocida cuando dijo: «Es imposible gobernar a 8.000.000 de españoles», o sea que ese supuesto desorden lo tenemos todos adentro pero hay un orden y Maqroll tiene un orden.

*—Ha manifestado siempre su amor a España pero nos parece que no visita el país en su juventud y que sólo lo hace cuando tiene una obra madura. ¿Por qué tarda tantos años en hacerlo?*

—La presencia de España en mi casa ha sido permanente y desde mis primeros años, es decir, desde cuando yo me di cuenta de dónde estaba en el mundo, España se hallaba presente. No pude venir antes por la confusión de mi vida y por los compromisos que el destino me iba imponiendo pero cuando llegué a España la impresión que tuve fue la de que era exactamente como yo la había soñado y cada vez que vengo me sucede exactamente lo mismo. Es una tierra mía, a la que me siento vinculado por completo.

*—El mundo árabe y las huellas de lo que dejó su cultura en España se encuentran muy presentes en algunos de sus poemas. ¿Qué importancia tiene para usted el Islam en relación con nuestra cultura?*

–Creo que uno de los más grandes errores de Occidente es no haber sabido escuchar al Islam, una cultura que en Toledo dejó una capilla para que se dijera misa todos los días y que permitió que existiera una maravillosa sinagoga judía que todos conocemos. Es una cultura de una liberalidad y una amplitud de sentimientos enormes. El silencio de Occidente y el colonialismo brutal aplicado por Occidente han convertido a los islámicos en lo que son hoy pero yo creo que el Islam tiene mucho que decir y que quien tenga alguna vinculación profunda con España tiene que enterarse y frecuentar el mundo, la literatura y la civilización islámicos.

–*¿Qué es para usted un poema válido?*

–Paul Valéry decía que todo poema tiene que ser interrumpido en un momento dado porque hay un instante en el que uno sabe que no puede hacerlo mejor. Por lo menos, esto es lo que me ocurre a mí: o lo suspendes o lo quemas y, en tal caso, es mejor que lo suspendas porque si lo sigues corrigiendo lo destruyes. Entonces todo poema válido es un poema finalmente suspendido.

–*Usted ha escrito dos excelentes cuentos históricos. ¿Por qué no siguió escribiendo relatos de este tipo?*

–No sé, no se me ha ocurrido. La verdad es que yo no escribo con ningún plan determinado y ni siquiera sé si lo que escribo se va a publicar o no. Escribí una novela sobre la muerte de Bolívar de cuatrocientas y tantas páginas y finalmente la quemé y salvé ese fragmento de *El último rostro* que me pareció válido.

–*A propósito de El último rostro vemos allí a un Bolívar desilusionado que mira su obra hundirse en el caos y la anarquía. Usted ha manifestado que este fracaso se debe a la ruptura con un orden trascendente que era la monarquía. ¿No habrá otra manera de alcanzar el orden sin restaurar la monarquía, lo cual resulta imposible en nuestros días?*

–Pero es que lo que hizo simplemente el señor Bolívar, indigestado por Juan Jacobo Rousseau, fue romper con 4000 años de civilización que tiene este país que se llama España y cambiar eso por los dogmas de la Revolución Francesa y el nacionalismo y, claro, los resultados están a la vista. Piense en un país como Colombia que durante la guerra de independencia ya tuvo una guerra civil o sea que los españoles vieron a los colombianos matarse unos con otros. Entonces qué se puede esperar.

*–¿El personaje de Alar el Ilirio, que protagoniza La muerte del estratega, nace totalmente de su imaginación o está basado en alguna figura histórica?*

–Es una creación totalmente mía y quiero advertir que hay que tener cuidado con esa narración porque tiene errores históricos de nombres y de orden cronológico. Pero la verdad es que me importa un bledo porque esos errores me sirvieron para contar la historia y la historia que yo he contado me parece mucho más significativa que la verdadera. Además, está al servicio de Alar que es alguien a quien yo quiero mucho. El problema estaba en crear dentro de ese mundo bizantino, que me alucina, un personaje que en el instante de su muerte acabara teniendo una visión que lo salva y para eso había que darle una vida bastante enredada que sólo se podía lograr alterando la historia.

*–¿Desde cuándo le interesa Bizancio como hecho político y por qué cree que con su caída se perdió una gran oportunidad histórica?*

–A mí me ha interesado Bizancio casi puedo decir que desde niño, tal vez tendría 13 ó 14 años cuando empezaron a caer en mis manos los primeros textos de historia sobre el tema y después creo que he leído todo sobre el imperio. Siempre me he sentido fascinado por esa permanencia de lo griego, de lo helénico, que me parece es lo más grande que ha dado el hombre en Occidente. En París acostumbro a ir cada vez que puedo a las ceremonias litúrgicas ortodoxas rusas o griegas y debo decir que el solo canto, la sola música de esas misas y de esas celebraciones me resulta una absoluta maravilla.

Creo que en 1453 se perdió una gran oportunidad porque imagínese si se hubiera podido crear una Roma cristiana en el borde de Asia ¿qué habría pasado? Creo que con este tema se pueden tejer toda suerte de fantasías deslumbrantes. Los ortodoxos griegos tenían una especie de compromiso iluminado y en los textos de historiadores como los de la emperatriz Ana Comneno se siente este compromiso. Claro está que acabaron en un desorden y una violencia muy grandes, pero eso es otra cosa.

Me parece bellísimo un poema de Julio Martínez Mesanza en el que encuentra en un monasterio a un hombre ciego al que le han quitado la lengua y de pronto se da cuenta de que es un César porque eso hacían con los *basileus*, les sacaban los ojos, les cortaban la lengua y los encerraban en un monasterio. No eran muy amables que digamos pero no por eso la caída de Constantinopla deja de parecerme una catástrofe inmensa.